

Juan Sandoval Carrasco

El cuento y el niño

Marginalia al libro «Había una vez», de Vicente Parrini Ortiz.



ANTONIORROBLES, el fecundo escritor infantilista, sintetiza su posición frente al problema nunca claramente establecido de las relaciones del niño con la literatura en esta frase certera: «Que el cuento sea siempre como un domingo», con lo que quiere expresar que las narraciones para niños no tengan otra significación que el disfrute de la fantasía. El cuento es un instante de fiesta, un viaje al mundo del sueño, un volver a encontrarse con el alma de las cosas. Esto no lo entendieron aquellos que clamaron cilicios de moralejas a los cuentos para niños, tampoco lo comprenden los otros que pretenden vaciar bilis pedagógica en la alegría sin mácula de un relato. Es que para escribir para los niños hay que conocerlos, hay que amarlos, hay que descubrirse la rosada ingenuidad infantil, hay que sentir la confusa impotencia del pensar ante la majestuosidad de la vida.

Quien, conscientemente, escribe para los niños, sabe la responsabilidad que afronta, la difícil tarea que se impone; y, quien, con un mediano conocimiento de los niños, revisa lo que para ellos se escribe, comprende de inmediato cuando se está ante un auténtico creador o ante un simple forzado en la tarea de escribir.

El escritor crea sus personajes con una vida, la que él le da, y con el signo de re-crearse en el alma del lector. Aquí reside su perennidad, su permanencia de símbolo antes de pasar de la materia, de lo objetivamente dado. Y los relatos para niños deben poseer esta consistencia, esta doble vida si así pudiera decirse para que se tornen en vivencias, esto es, en unidades perceptivas y conceptuales amorosamente captadas por el lector, que en este caso no busca el libro como distracción, sino para evadirse de los convencionalismos que no comprende, para sentir su propia substancia anímica en las cosas de su contorno. Es más aun, el antropomorfismo del niño hace que éste, en sus primeros años, explique e interprete «como acciones realizadas por unos seres vivientes de un modo volicional» (1) todo lo que le rodea, lo que no obsta para que después, entre los diez y los trece años, busque un realismo objetivo, incluso en las creaciones de su propia fantasía: trata de encontrar un héroe que interprete sus propias ansias de aventuras. Sin embargo, nos parece muy apresurada la opinión del autor anteriormente citado, cuando afirma:

(1) Charlotte Bühler.—«Infancia y Juventud». Ed. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1946. Pág. 288.

«Lo que el cuento puede ofrecer, la mudanza imaginativa, la maravilla y el animismo son, en total, momentos que ya no tienen importancia para el niño que hasta los rechaza» (2), toda vez que vive en la edad del juego y éste interfiere todos los contenidos culturales que puedan estimularle. Con profunda verdad Huizinga declara que la poesía es una función lúdica: «Se desenvuelve en un campo de juego del espíritu, en un mundo propio que el espíritu crea» (3); Casirer, en concisa frase define el arte como «el descubrimiento de la realidad» (4). Todo, esto, naturalmente, nos hace apreciar que el cuento puede y debe acompañar al niño desde antes que se aventure por los riscos del alfabeto hasta su llegada a los no menos ásperos lomajes del conocimiento.

Las anteriores reflexiones las motiva el libro «Había una vez», colección de ocho narraciones para niños recientemente publicadas por Vicente Parrini Ortiz (5), que las ha escrito persiguiendo sus propias ambiciones de escritor: «No el cuento con pesada didáctica y dudoso y pacato moralismo. Un cuento que aprisione en su contenido, belleza legítima, emoción, maravilla, poesía, que encante y que exalte las potencias psi-

(2) Charlotte Bühler.—Ob. cit. Pág. 317.

(3) Huizinga.—«Homo Ludens», Ed. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1943. Pág. 185.

(4) Ernest Casirer.—«Antropología Filosófica», Ed. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1945. Pág. 265.

(5) Vicente Parrini Ortiz.—«Había una vez», Ed. Cultura, Santiago, 1946.

quicas y mentales del niño; pero que al mismo tiempo dé una imagen emocional de ciertos fenómenos sociales humanos que hieren, querámoslo o no, su sensibilidad de alguna manera». Esto es lo que Parrini Ortiz teoriza en sus inéditos «Ocho ensayos sobre arte infantil». «Había una vez», es la primera aplicación de su posición teórica. Veamos los objetos de los relatos, analicemos su contextura objetiva y sus dimensiones de signos para apreciar hasta dónde se hermanan teoría y práctica.

«Dos grandes ojos verdes miraban caer la lluvia a través de los vidrios de la ventana» y después una concisa visión de la lluvia en donde las palabras parecen adquirir tintineos de agua; luego, la presentación del protagonista y la fábula que, acaso, pueda traernos vagos recuerdos de otros personajes de otras literaturas, se desliza con las aventuras soñadas por Icaro, que el advenimiento del día desvanecen con el aplomo asfixiante de la realidad. En este relato el autor nos presenta al niño en su abisal intimidad; al personaje presente de todas sus páginas. Son los mismos «dos grandes ojos verdes» como ventanas de una alma inconmensurables de substancias mágicas los que aprecian en fiebre contemplativa la «biografía de mi trompo», los que deambulan por la película maravillosa de la calle en la «ciudad de las tres estatuas», los que ponen un poco de alegría en «la pena de la niña fea», los que se abren a la realidad del tiempo nuestro y sienten sus contradicciones, esperanzas y desencantos en los «paí-

ses de colores», los que ríen con las siluetas que dibujan las manos en la pared en «cuando las manos juegan»; son esos ojos cansados de maravillas los que encuentran en la escuela la vida recóndita de «doña Campana y don Reloj» y los que, por último, se vacían en la inmensidad del azul en «volantín, o la locura de volar». Esta sucinta enumeración de la temática nos demuestra que es el mundo objetivo del niño y sus reacciones subjetivas las que están expresadas en acción maravillada, en sentido volitivo en estas páginas; constituyen signos para las vivencias del lector, caminos que llevan al fondo de uno mismo. «La poesía es un llamado al interior» — como definió H. Bremond —, es «conocimiento-experiencia y conocimiento-emoción, conocimiento existencial, conocimiento-germen», como diría Maritain.

En «Había una vez», está el firme conocimiento que su autor tiene del niño y su consciente responsabilidad de escritor. Estilo llano y simple, pero hinchado y sugerente como las gotas de rocío que el niño va descubriendo en las hojas nuevas de las rosas; motivos que, muchas veces, el pequeño lector siente, extrañado, como un recuerdo de vivencias suyas o como el incentivo más fuerte de anhelos que no pudo o que no supo cumplir. Es este volumen una entrega de amor caratulado de imágenes que los niños reciben como un sonoro equipaje propio olvidado en cualquiera encrucijada de sus caminos de cristal.

Vicente Parrini Ortiz, maestro y poeta, hombre de ayer y de mañana, al conjuro de la frase ritual con que se abren a las maravillas los ojos de todos los niños del mundo, destapa sus cajas de sorpresas con la bonhomía de los abuelos que junto al brasero, alargan las vigiliass de sus nietos con la llamarada de los cuentos. No es un libro más el que ha escrito, es el libro que todavía no se había gestado en esta tierra en que son muy pocos los que recuerdan su propia infancia.

No se vea en estas líneas el ditirambo gratuito, ni el calor tutelar de un círculo estrecho. Antes de formarnos un juicio sobre este libro lo dimos a leer a un niño de diez años que ya ha recorrido muchas sendas de ficción; él nos escribió: «Para decir algo sobre este libro habría que hacer un cuento; relatar lo que uno siente cuando se encuentra un juguete muy querido que había olvidado. Muchos de los cuentos de este libro podía haberlos escrito yo». Esta opinión sin literaturas y sin psicologías es la mejor comprobación de lo que hemos bosquejado.

En el juicio anteriormente citado, hay algunos elementos que conviene destacar. Según su autor, para dar una opinión sobre el libro hay que hacerla con argumento; es natural que así sea, si el niño huye de lo abstracto, debe sentir la ausencia de la acción que es síntesis de voluntad, de afirmación del yo; acción que el niño ha vivido ya en el territorio de la fantasía, por lo tanto, las escenas de los cuentos le evocan algo que ya había olvidado y, naturalmente, puede revivirlos,

recrearlos si tuviera la facilidad de escribir. Hay en los relatos de «Había una vez» no sólo la dosis necesaria de ficción, sino la dimensión simbólica que acciona la fantasía infantil, que la conduce por sendas que no le son desconocidas. Nosotros los adultos, a lo mejor, estimamos que los cuentos del libro que nos ocupa son demasiado sutiles para la comprensión del niño, acaso vislumbremos influencias literarias o nos enmarañemos en la apreciación del estilo, pero olvidemos lo único que en el caso tiene valor: el potencial de sensibilidad de que los relatos son susceptibles como motores a la imaginación del niño.